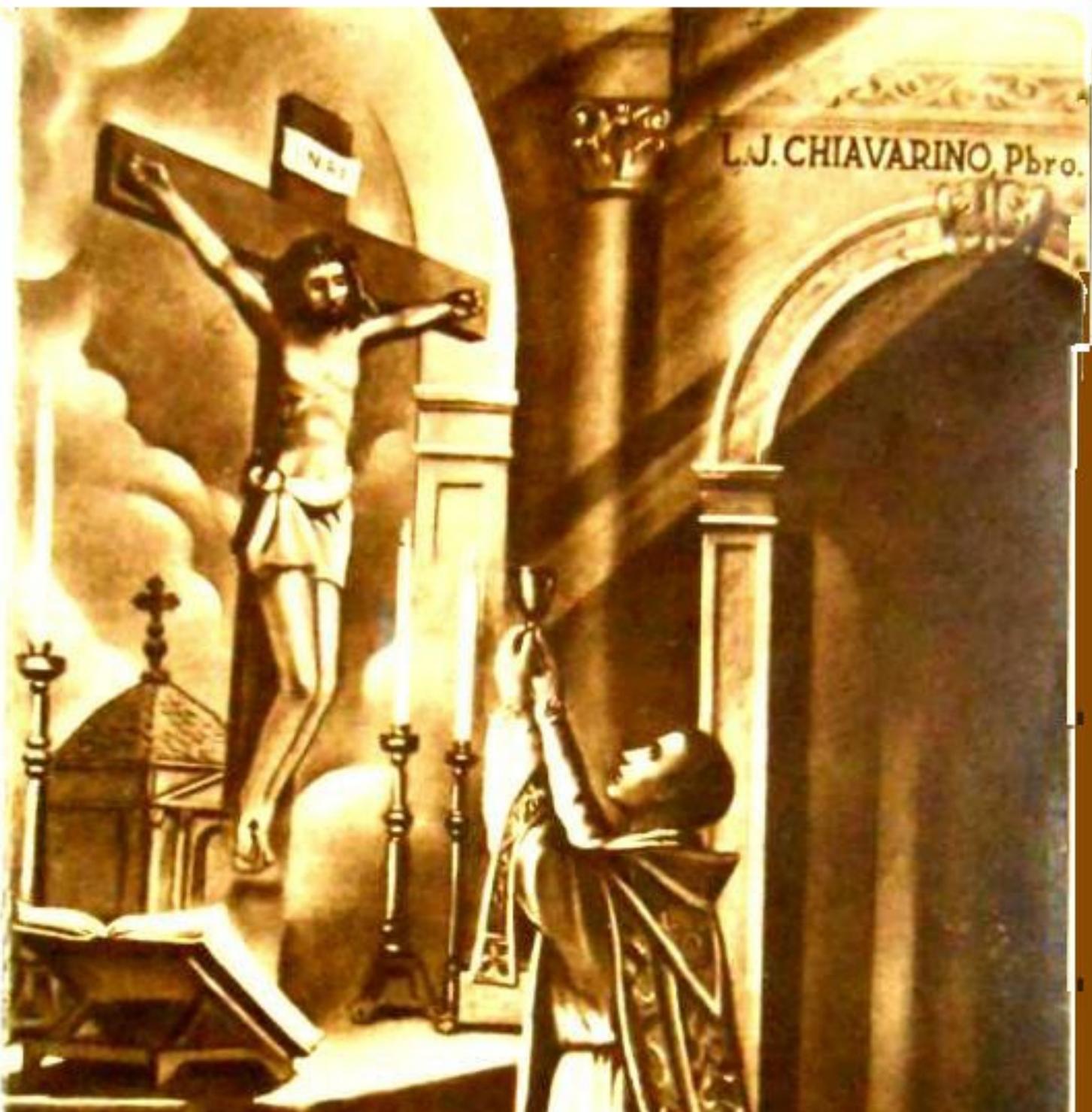


L.J. CHIAVARINO, Pbro.



*El Mayor Tesoro
o sea
La Santa Misa*

LUIS J. CHIAVARINO, Pbro.

EL MAYOR TESORO

**LA SANTA MISA DIARIA
HECHOS Y EJEMPLOS**

Versión del italiano por
D. JOSÉ MARIA AGUADO, Pbro.

1943

Nihil obstat

Maximun Guisaosla Censor

Imprimatur

Vitoria 1942

Xaverius A. A.

ÍNDICE

<i>A los amados lectores.....</i>	<i>5</i>
CAPÍTULO I.....	6
<i>El mejor regalo.....</i>	<i>6</i>
CAPÍTULO II.....	8
<i>Jesús está realmente presente en la Santa Misa.....</i>	<i>8</i>
CAPÍTULO III.....	10
<i>Jesús, en la Misa, rinde adoración y honor a Dios por nosotros.....</i>	<i>10</i>
CAPÍTULO IV.....	12
<i>Jesús, en la Santa Misa, paga y satisface por nuestros pecados.....</i>	<i>12</i>
CAPÍTULO V.....	14
<i>Jesús, en la Santa Misa da gracias por nosotros a Dios de los beneficio recibidos.....</i>	<i>14</i>
CAPÍTULO VI.....	16
<i>Jesús, en la Santa Misa, ruega por nosotros y nos obtiene gracias.....</i>	<i>16</i>
CAPÍTULO VII.....	18
<i>La Santa Misa nos libra de las desgracias.....</i>	<i>18</i>
CAPÍTULO VIII.....	20
<i>La Santa Misa nos libra de los pecados.....</i>	<i>20</i>
CAPÍTULO IX.....	22
<i>La Santa Misa nos da bienes de fortuna.....</i>	<i>22</i>
CAPÍTULO X.....	24
<i>La Santa Misa nos procura una buena muerte.....</i>	<i>24</i>
CAPÍTULO XI.....	26
<i>La Santa Misa nos abrevia las penas del purgatorio y nos preserva de ellas.....</i>	<i>26</i>
CAPÍTULO XII.....	27
<i>La Santa Misa es el mejor sufragio por las benditas almas del purgatorio.....</i>	<i>27</i>

CAPÍTULO XIII.....	30
<i>El bien que hacemos a las almas del purgatorio retorna siempre en ventaja nuestra.....</i>	<i>30</i>
CAPÍTULO XIV.....	32
<i>¡Ay de los que no mandan decir las misas de obligación por sus difuntos!</i>	<i>32</i>
CAPÍTULO XV.....	34
<i>Obligación de oír Misa los días festivos.....</i>	<i>34</i>
CAPÍTULO XVI.....	37
<i>¡Ay del que desprecia la Misa en los días festivos!.....</i>	<i>37</i>
CAPÍTULO XVII.....	39
<i>El gran bien que es oír Misa cada día.....</i>	<i>39</i>
CAPÍTULO XVIII.....	42
<i>Manera con que debemos acercarnos a oír Misa.....</i>	<i>42</i>
CAPÍTULO XIX.....	44
<i>El modo con que debemos oír Misa.....</i>	<i>44</i>
CAPÍTULO XX.....	47
<i>No vendamos al demonio el fruto de la Santa Misa.....</i>	<i>47</i>
CAPÍTULO XXI.....	49
<i>La misa mejor es aquella en que, a la vez, se comulga.....</i>	<i>49</i>
CAPÍTULO XXII.....	52
<i>El valor de una Misa.....</i>	<i>52</i>
CAPÍTULO XXIII.....	54
<i>Exhortación final.....</i>	<i>54</i>

A los amados lectores

EL MAYOR TESORO no pretende parangonarse con tantos bellísimos libritos que hablan de la Santa Misa. Desea sólo tener un puestecito en vuestra casa, un puestecito en el bolso de la querida juventud, y correr por las manos de todos aquellos que no pueden instruirse ni leer los mayores ni mejores.

Con esta finalidad, es sencillísimo, para que sea bien entendido. Todo él hechos y ejemplos, para no aburrir y hacerse leer muchas veces; todo corazón, para mejor persuadir y atraer al bien.

Ponedle todos buena cara; leedlo con atención; leedlo también a los de casa que no sepan leer; difundidlo a manos llenas entre vuestros conocidos, procurando con ello hacer un poco de bien entre tanto mal, un poco de luz entre tanta ignorancia religiosa y disipar todas aquellas dudas que acuden a la mente y aquellos errores que se oyen a todos acerca de la real presencia de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía y acerca del Sacrificio de la Santa Misa, con sus inmensas ventajas para vivos y difuntos. Sed felices, y que Dios os conceda el Paraíso.

CAPÍTULO I

El mejor regalo

¿Os contenta, queridísimos, que os haga un hermoso regalo? Sin duda, ¿no es verdad? Pues bien leedme con atención, y os haré conocer un tesoro de valor inestimable, que supera todo regalo. Se cuenta que Carlos IX, rey de Francia, poseía una perla preciosa de rara belleza, sobre la que grabó estas palabras: “Quien me posee no será nunca pobre”. Pues bien, si llegáis a conocer el gran regalo que quiero haceros y de él os servís, jamás seréis, en verdad, pobres de méritos y gracias en esta vida, y aseguraréis el Paraíso en la otra. Seguro; porque quiero regalaros nada menos que a Jesús, su Cuerpo y su Sangre, su Alma y su Divinidad y los méritos de su pasión y muerte y los de su redención.

Y ¿de dónde tomaré yo este hermoso regalo, todas esas bellas cosas? De donde están en verdad, o sea de la Santa Misa.

* * *

Sí; en la Santa Misa, bajo las especies de pan y vino, está todo Jesucristo, vivo, verdadero, real y sustancial, cual nació en la cueva de Belén, cual murió en la Cruz, cual reina en el Paraíso, esto es, en Cuerpo y Sangre, con el Alma y con la Divinidad. Así lo definió el Concilio de Trento y así lo enseña la Sagrada Escritura.

En cada Misa, Jesús nace de nuevo en el altar en las manos del sacerdote, e incruentamente, esto es, sin derramamiento de sangre; se sacrifica realmente por nosotros, para dar a Dios, en nombre nuestro, el honor debido; para procurarnos, mediante nuestro arrepentimiento, el perdón de los pecados; para pagar, con nuestra cooperación, las deudas que tenemos con Dios, y para obtenernos todas las gracias; para aplicarnos, en suma, el fruto de su pasión y muerte.

* * *

Dudaba de esta verdad uno que, encontrándose con el Beato Juan de Mantua, le preguntó cómo las palabras de un sacerdote podían trasmudar la sustancia del pan en el Cuerpo de Jesucristo y la sustancia del vino en su Sangre.

—Ven —le dijo el Beato Juan.

Y lo condujo a una fuente, de la que tomó un vaso de agua y se la dio a beber.

Se maravilló aquél de ver el agua cambiada en vino, y, cuando la hubo bebido, confesó que, en su vida, nunca había gustado vino tan delicado. Entonces el Santo añadió:

—Si por mí, hombre miserable, se ha convertido el agua en vino, por divina virtud, ¿cuánto mejor se debe creer que, por medio de las palabras del sacerdote, que son palabras divinas, se conviertan el pan y el vino en el Cuerpo y en la Sangre de Jesucristo?

Esto bastó para convertir a aquel hombre, que creyó e hizo penitencia de su pecado.

Pues yo os digo: Si Dios puede hacer tantos milagros, ¿por qué no podrá hacer el de estar presente realmente en la Santa Misa? No dudemos de esta verdad: Dios lo puede todo, y cada día y en cada Misa, por medio del sacerdote, hace este gran milagro.

CAPÍTULO II

Jesús está realmente presente en la Santa Misa

Sí, sí; Jesús está realmente presente en la Santa Misa.

El rey moro Ad-Abulet aprisionó a un sacerdote católico, llamado Genesio, y le preguntó si sabía hacer milagros.

—Sí—respondió Genesio—: tengo poder de convertir el pan, con pocas palabras, en el Cuerpo del gran Señor de los cielos, y el vino en su Sangre.

Se rió el rey de tales palabras, y mandó que le hiciera ver tal prodigio.

El sacerdote Genesio, inspirado de Dios, aceptó. Hizo que le preparasen un altar, y al día siguiente se vistió para celebrar la Santa Misa. El rey, con toda su familia y muchos vasallos, asistía atentísimo, y al momento de la consagración vio, de improviso, cambiarse la Hostia en un bellissimo niño, que en las manos del sacerdote derramaba vivísimos rayos alrededor. Ante tal milagro creyó el rey en nuestra religión e hizo que le instruyesen en la verdad de la fe católica, y poco después recibió el bautismo, junto con muchos de su reino.

Aunque nosotros no veamos a Jesús en carne y hueso, debemos creerlo; porque nos lo dice la fe y nos lo han confirmado centenares de milagros. Debemos creerlo firmemente, como lo creía San Luis, rey de Francia.

Estaba una mañana en sus habitaciones, y oyó a su servidumbre correr y gritar:

— ¡Milagro, milagro! — Le rogaron que bajase a la capilla, donde se había aparecido Jesús en forma de un bellissimo niño, en manos del sacerdote que celebraba la Misa.

—Andad—respondió el rey—, yo no necesito ver para creer; no quiero hacer agravio a mi fe.

Y no se movió.

En 1263, un sacerdote alemán, muy piadoso, pero combatido algún tiempo de dudas sobre la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía, fuese en peregrinación a Roma. Pasando por Bolsena, dijo Misa en la iglesia de Santa Cristina, y he aquí que, al momento de alzar la Hostia sobre el cáliz, en vez de la especie de pan que tenía en las manos, vio y sintió carne real, cubierta de sangre, en tanta cantidad que rociaba los corporales. Fácil es pensar cuál sería su sorpresa. Mas he aquí un doble e incomparable milagro: cada gota llevaba la imagen de un rostro humano.

El sacerdote no tuvo fuerza ni ánimo para terminar el sacrificio; abrió el sagrario, y en el colocó el cáliz y el corporal, retirándose tembloroso. Fue a echarse a los pies del Papa Urbano IV, que se hallaba entonces en Orvieto, y le pidió perdón de su duda, aunque involuntaria, contra la fe. La iglesia de Santa Cristina, donde sucedió el hecho, conserva aún señales del milagro, pues cuando el sacerdote se retiró del altar cayeron algunas gotas de sangre sobre el pavimento, cuyas manchas quedaron de tal manera impresas, que son tan visibles en nuestros días como en 1263, y objeto de admiración para peregrinos y viajeros.

¡No hagamos agravio a la fe! Creamos firmemente en la verdadera y real presencia de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía, y yendo a Misa lo más frecuentemente posible, roguemos a Dios que abra los ojos de tantos incrédulos.

CAPÍTULO III

Jesús, en la Misa, rinde adoración y honor a Dios por nosotros

Jesucristo adora y honra por nosotros a Dios, eterno Padre.

* * *

Se cuenta de un alma santa que, enamorada de Dios, se desahogaba un día diciendo:

—¡Dios mío, Dios mío!, quisiera tener tantos corazones y lenguas cuantas son las hojas de los árboles y los granos de arena de la tierra y las gotas de agua del mar, para amaros y honraros cuanto merecéis; aún más: quisiera poder amaros y honraros más que todas las criaturas juntas, más que los Ángeles, más que todo el Paraíso.

Y el Señor le respondió:

—Consuélate, hija mía, consuélate; porque con oír bien la Santa Misa, me puedes dar una gloria infinitamente mayor.

* * *

No te maravilles de ello. Así es, en verdad. Oyendo la Santa Misa damos a Dios obsequio y honor infinitos, superiores al honor que le dan en el cielo todos los Ángeles y todos los Santos juntos; porque, en la Santa Misa, Jesús se nos une para honrar a Dios; es más: Jesucristo mismo es quien obsequia y honra a Dios con nosotros y por nosotros.

Pero Jesucristo es infinito, y, por consiguiente, el honor y obsequio que damos, oyendo la Misa, a Dios por medio de Jesús, son un obsequio y un honor infinitos. Ved, oh carísimos, la manera más fácil y segura de honrar y dar gloria a Dios, nuestro Creador y Padre, y pagar así la primera

deuda que con él tenemos. Pero es necesario oír la Santa Misa con fe viva y mucha devoción.

* * *

En la vida del jovencito Domingo Savio, muerto en opinión de santidad a los quince años, se lee que oía Misa con tanta piedad, que muchas veces, en especial después de la Comunión, era arrebatado en éxtasis. Se levantaba algunas cuartas de tierra y así se quedaba, las manos juntas, con la cara sonriente y los ojos fijos en el altar, por buen espacio de tiempo, hasta que sus compañeros o superiores le distraían para llamarlo a sus ocupaciones. En estos raptos, Dominguito hablaba familiarmente con Dios, y tenía con frecuencia importantes revelaciones. En aquellos momentos comprendía qué quiere decir y cuán dulce y hermoso es adorar a Dios. Nosotros, acostumbrados a oír Misa de una escapada, con fe lánguida y devoción distraída, no podemos comprender cosa tan grande como la comprendían los Santos; pero hagamos un leve esfuerzo y lo conseguiremos, con buena voluntad, poco a poco.

CAPÍTULO IV

Jesús, en la Santa Misa, paga y satisface por nuestros pecados

¿Quién de nosotros está sin pecado? ¿Quién puede decir que no los ha cometido nunca? Pues el pecado es gran ofensa de Dios, y para satisfacerla no bastan todas nuestras buenas obras ni todas las oraciones de los Santos ni todos los méritos de los mártires. Todo pecado merece los más graves castigos. ¿Quién, pues, detendrá el brazo de Dios para que no descargue los rayos de su justa cólera? Jesús, en la Santa Misa, si no hay obstáculo por nuestra parte, hace todo esto, ofreciéndose a Sí mismo como víctima a su Eterno Padre por mano del sacerdote.

Un capitán de navío, llamado Alfonso Albuquerque, hombre ardiente y animoso, se hallaba un día en peligro de perder miserablemente la vida con todos sus pasajeros, en una furiosa borrasca. Ya no le quedaba esperanza alguna; las olas batían el bajel, que estaba a pique de hundirse en el fondo del mar. Los pasajeros y marineros gritaban desesperadamente; cada cual se tenía por perdido y encomendaba su alma al Creador. El capitán, aunque preocupado daba alientos a todos; pero enfureciéndose cada vez más la tempestad, comenzó a temblar él mismo, a perder toda esperanza. En aquel momento vio bajo el toldo de la nave a una madre que apretaba contra el pecho a un hijo suyo de pocos meses. Entonces le alumbró una idea.

— ¡Señora!, présteme el niño le dijo.

—Jamás —dijo la señora— ¿Queréis echármelo al mar?

—No respondió Alfonso—, sino que espero que nos salvará a todos.

Diciendo esto, tomó de manos de la señora al niño, y, levantándolo al cielo, hizo esta oración “¡Gran Dios, Dios justo, terrible y omnipotente! Nosotros todos somos pecadores y merecemos mil veces la muerte; pero

este niño es inocente. ¡Oh Dios de caridad y misericordia! ¡Por amor de este niño, perdonadnos a todos y salvadnos de la borrasca y de la muerte!”

Agradó tanto a Dios este acto de fe viva y esta sencilla y fervorosa oración, que pronto cesó el viento, se serenó el cielo, se calmaron las olas y todos se salvaron.

* * *

Si tanto puede mover a Dios a misericordia un niño terreno, ¿cuánto más lo podrá el Niño Jesús cuando se ofrece, Hostia de paz, en la Misa? Y este ofrecimiento se lo hacen cada día y en cada Misa los sacerdotes. Todos los días y en todas las Misas, mientras el sacerdote alza la Hostia, se repite el milagro. Por eso en la Misa está la salvación del mundo y su conservación; pues sin ella hubiera sido mil veces exterminado por nuestros pecados.

* * *

En Roma hay un cuadro magnífico, titulado “La última Misa”. En él se representan los preludios del fin del mundo. En el fondo, un sacerdote va a terminar la Santa Misa, mientras los Ángeles, inclinados sobre sus trompetas, esperan que acabe, para sonar la hora tremenda de la divina justicia.

Este lienzo es obra del célebre pintor Leonardo de Vinci, el cual quería decir con esto que, sin la Misa, estaría al presente el mundo hundido bajo el peso de sus crímenes.

Demos, pues, la mayor importancia a la Santa Misa; acudamos a oírla con santo amor y temblor, y, pudiendo, comulguemos en ella.

CAPÍTULO V

Jesús, en la Santa Misa da gracias por nosotros a Dios de los beneficio recibidos

En la vida de la Venerable Francisca Farnese se lee que estaba un día triste desolada por no saber cómo dar gracias a Dios dignamente por tantos beneficios recibidos, cuando se le apareció María Santísima, quien, poniéndole en los brazos al Niño Jesús, con maternal sonrisa:

—Tómalo dijo, y ofrécelo a Dios en acción de gracias. Él hará lo que tú no puedes, y Dios quedará satisfecho

* * *

Y nosotros, ¿cómo daremos gracias dignas a Dios por tantos beneficios recibidos?.

Todo lo que somos, todo lo que tenemos nos viene de la bondad de Dios. Él es quien nos ha dado la vida y quien nos la conserva. Él es quien nos hizo nacer en país cristiano, quien nos pone en camino del Paraíso. Él es quien nos libra de tantos peligros de alma y cuerpo; Él, en suma, quien nos hace beneficios continuos, dándonos salud, fuerza, aire, luz y el pan mismo que comemos y todos los bienes de que gozamos. Ahora bien, ¿qué daremos a Dios en cambio de todos estos inmensos beneficios? Es necesario que la Virgen Santa nos preste su Niño para que podamos ofrecérselo como acción de gracias. Pues esto sucede precisamente en la Santa Misa.

¡Oh, Misa bendita, por la cual nos es cada día puesto en las manos Jesús, como moneda brillante de valor infinito con que satisfacer entera y abundantemente la deuda de gratitud que tenemos con el Creador, Conservador y Padre celestial! Abramos una vez los ojos, oh carísimos, para conocer y apreciar este tesoro escondido, y gritemos estupefactos:

¡Oh, qué gran tesoro! ¡Qué tesoro precioso e inestimable nos es siempre la Santa Misa!

Pero no basta exclamar; es necesario servirse de este tesoro. Vayamos a Misa cada día, si podemos, y oigámosla con devoción. ¡Cuánto bien desaprovechan los que se están en la cama, se pierden en los quehaceres domésticos, o en charlas y lecturas inútiles, mientras podrían ir a Misa!

* * *

Alejandro Manzoni era muy devoto de la Santa Misa, la que oía cada día, aun en su edad avanzada. Alguna vez, con todo, los de casa trataban de impedirle la ida a la iglesia, con excusa de la edad o del mal tiempo.

Una mañana lluviosa, recordando Manzoni que había ya pasado el tiempo de la Misa sin que se lo hubiesen avisado, llamo a su mujer y a los demás de casa, y les dijo;

—¿Por qué no me habéis dejado ir a Misa?

—Esta mañana el tiempo no estaba bueno, y tenéis, además, necesidad de reposo

— ¡Ay, amigos míos! Si me hubieran tocado a la lotería trescientas mil pesetas venciese esta mañana el tiempo de retirar las, me habríais despertado aun a media noche, sin reparar en el mal tiempo. Pues sabed que la Misa vale mucho más.

* * *

Sí; la Misa vale mucho más que cualquiera ganancia; vale lo que vale Dios, lo que vale el Paraíso, y valdrá el doble si en ella os acercáis a la Sagrada Comunión.

CAPÍTULO VI

Jesús, en la Santa Misa, ruega por nosotros y nos obtiene gracias

Quien está falto de una cosa de que tiene necesidad, la pide a quien se la pueda proporcionar. Nosotros ¡tenemos necesidad de tantas cosas para el cuerpo y para el alma! El único que nos lo puede dar es Dios, y, por consiguiente, debemos volvernos a Él para obtener todas estas gracias. Estas peticiones podemos hacerlas con suspiros, con oraciones, con penitencias, con limosnas, con muchas otras obras buenas; pero el medio más seguro es siempre la Santa Misa, en la cual Jesucristo ruega por nosotros, como rogó en la cruz por los que le crucificaban. Sí; en la Santa Misa ruega por nosotros Jesús, y como vale más una palabra de Jesús que un millón de las nuestras, la Misa viene a ser la plegaria más eficaz, mejor dicho, omnipotente.

* * *

En la historia eclesiástica se lee que el Obispo San Porfirio se llegó a Constantinopla para obtener del emperador Arcadio un gran favor para su pueblo. Temía mucho Porfirio no alcanzar la gracia, pero en aquellos días nació al emperador un hijo, y el Obispo se aprovechó de esta circunstancia para lograr cuanto deseaba. Esperó que llevasen el niño a bautizar; y, después de bautizado, puso y aseguró en las manos del infante un pliego de carta donde estaba escrita la súplica. El emperador, al ver el escrito en manos del hijito, la tomó con regocijo y la leyó. Aunque la gracia solicitada era muy grande, no quiso ni pudo negarla a su hijo, y concedió al Obispo Porfirio cuanto quería.

* * *

He aquí una bellísima imagen de lo que sucede en la Santa Misa. Ponemos nuestras plegarias y súplicas en las manos de Jesús. Él las presenta a su Padre celestial, ¿y cómo será posible que no sean oídas? Dios jamás da un no a su hijo, y nos concederá todo lo que le pidamos en la Santa Misa: la conversión de los pecadores, la perseverancia de los justos, la fuerza para combatir el mal, la constancia para obrar el bien; nos dará toda gracia para el alma, y, en cuanto no dañe al alma, nos dará también todo bien para el cuerpo: la salud, las buenas sazones, la abundante cosecha; nos dará, en fin, la paz de las familias y de la sociedad.

¡Oh Misa bendita! Ella es, en verdad, la llave de oro de todos los tesoros del Paraíso. Vayamos a oírla cuantas veces nos sea posible, y pidamos siempre muchos y grandes favores.

* * *

Hacia poco que un jovencito había hecho su Primera Comunión. Jesús había hablado a aquella alma inocente, y el pobre niño se desconsolaba de ver que ni su padre ni su madre iban a Misa. Se lo había rogado y conjurado, pero en vano.

¿Sabéis qué hizo entonces el jovencito? Oír Misa dos veces por semana: una por el padre y otra por la madre.

Esta se dio presto cuenta de las madrugadas del muchacho; obsérvalo y lo sigue hasta la iglesia, donde lo ve de rodillas y recogido como un ángel en oración fervorosa. Espéralo a la salida de la iglesia, y le pregunta conmovida. El niño se le echa al cuello, y: —j Mamá!—le dice—, ayer fue por papá; hoy es por ti.

Adivinad el resto. Añado solamente que en los días sucesivos aquel angelito iba a Misa con sus padres. Se había obtenido la gracia.

CAPÍTULO VII

La Santa Misa nos libra de las desgracias

Santa Isabel, reina de Portugal, tenía un paje virtuosísimo, de quien se servía para distribuir las limosnas a los pobres. Otro paje, envidioso, lo acusó al rey de un grave delito. Este lo creyó y pensó castigarlo pronto. Llamando al jefe de los hornos, le dijo que a la mañana siguiente le mandaría un paje a preguntarle si había ejecutado las órdenes del rey; que el entonces lo cogiese y lo echase sin más al horno más encendido. Combinada así la cosa, a la mañana siguiente fue enviado allá el paje. Mas pasando este delante de una iglesia, y se acordó de que aquella mañana no había aún oído Misa, entró en ella y se detuvo a oír dos.

Entretanto el rey, impaciente, mandó al paje envidioso a ver si se habían ejecutado sus órdenes; y el hornero, creyendo fuese aquel el culpable, lo cogió, echándole en un horno ardentísimo, donde fue en breve consumido por las llamas. Poco después llegó el primer paje y pregunta:

—¿Habéis ejecutado las órdenes del rey?

—Sí—respondió el jefe—, id y decidle que todo se ha ejecutado como dispuso.

Volvió el paje al rey con la respuesta, y este, al verlo, quedó maravillado; pero, cuando supo lo acaecido, no pudo menos de reconocer los justos juicios de Dios, y devolvió la estimación al paje bueno y virtuoso, salvado de la terrible muerte por medio de la Santa Misa.

San Antonino nos cuenta de dos jóvenes asaz bribones que iban un día de paseo. El uno había oído Misa aquella mañana, y el otro no. Mientras se hallaban en un bosque, he aquí que se oscureció el cielo y se levantó un fuerte temporal. Entre los truenos y relámpagos, oyen una voz que dice: “Mátalos, mátalos”. Y en seguida cayó un rayo, que convirtió en cenizas a uno de ellos. Asustado el otro, se dio a la fuga; pero se oye la misma voz, que grita: “Mátalo, mátalo”. El pobre se tiene por muerto, y

esperando ser tocado del layo, siente otra voz que responde: “No puedo, no puedo; porque esta mañana ha oído Misa, y la Misa por el oída me impide descargar el golpe”.

* * *

Vayamos, aun a costa de sacrificios, a oír Misa. Ella fue instituida para ser el pararrayos del mundo contra la justa cólera de Dios, irritado por nuestros pecados. ¡Oh, cuántas veces Dios nos habrá librado de la muerte y de muchos gravísimos peligros por la Santa Misa que habíamos oído! “La Santa Misa— dice San Leonardo— es como el sol que esparce sus rayos sobre buenos y malos, y no hay alma tan mala en la tierra que, oyendo o haciendo celebrar Misas, no logre algún gran bien, sin que lo piense ni lo pida”.

* * *

La mañana del 31 de mayo de 1906 se atentó contra la vida de los Reyes de España. La bomba homicida, que debía causar el asesinato, estalló estrepitosamente, esparciendo la muerte en torno; pero dejaba, por verdadero milagro, incólumes al rey Alfonso XIII y a su augusta consorte.

Se supo después que en aquel mismo día y poco antes de aquella misma hora, en el célebre Santuario de Nuestra Señora de Baviera se celebraba Misa por dichos reyes, encargada por ellos unos días antes. Para memoria del hecho mandaron el rey y la reina al dicho Santuario un trozo de la bomba que había penetrado en la carroza, repujado en oro con esta inscripción: “En prenda de gratitud a la Reina del Cielo, nuestra amadísima Señora, el rey Alfonso XIII de España y la reina Victoria. 31 de mayo de 1906.”

CAPÍTULO VIII

La Santa Misa nos libra de los pecados

Lo dice claramente San Agustín: “Quien oiga con devoción la Santa Misa alcanzará perdón de todos los pecados cometidos hasta aquella hora y recibirá gran vigor para librarse y no cometer más pecados mortales”. Desde luego, perdona los pecados veniales.

San Gregorio cuenta de una pobre señora, que todos los lunes hacía celebrar una Misa por el alma de su marido, esclavo de los bárbaros y creído por ella muerto. Años después, el marido recobraba la libertad, contaba a su mujer que todos los lunes, a cierta hora, se le caían las cadenas de los brazos, se le desataban las de los pies y permanecía libre un buen espacio de tiempo, Era precisamente la hora en que se celebraba por él la Santa Misa.

Los pecados veniales son otros tantos lazos y cadenas espirituales que nos tienen ligada y encadenada el alma y no la dejan obrar con la libertad y fervor con que obraría libre de tales impedimentos. La Misa rompe estos lazos, desata estas cadenas, cancela, en una palabra, los pecados veniales y nos pone en la libertad de los hijos de Dios.

En segundo lugar, la Misa nos libra de los pecados mortales, no ya porque los cancele por sí misma inmediatamente, como lo hace el Sacramento de la Penitencia, sino porque nos impetra la ayuda y buenas inspiraciones para arrepentirnos, medios para enmendarnos y fuerza para no cometerlos.

Baltasar Guinigi, noble joven de Lucca, era víctima de un vicio por el juego, causa funesta de tantos males.

Encaminándose un día a la casa donde solía pasar largas horas divertido con sus compañeros, al pasar delante de la iglesia de San Miguel, siente en el corazón una voz que le dice: “Entra en la iglesia, oye Misa y ponte en gracia de Dios”. Después de haber luchado un tanto contra lo que

se le ordenaba, entra, oye la Santa Misa y hace con el venerable Padre Franciotti confesión general de sus culpas. Apenas salido de la iglesia, se encuentra con algunos amigos suyos que, al verlo, se maravillan como si viesen a un muerto resucitado, y exclaman todos a una voz: “¡Cómo! ¿Tú por aquí? ¿No eres Baltasar Guinigi? Y si lo eres, ¿cómo estás vivo? Nosotros te llorábamos por muerto.”

El, que no sabía la desgracia acaecida a sus compañeros de juego, estaba mudo, sin saber qué responderles. Pero su estupor se convirtió en horror cuando supo por ellos que, mientras estaba en la iglesia, se había, de improviso, derribado la casa en que estaban sus compañeros de juego y de pecado, sepultándolos a todos bajo las ruinas, y estos sus amigos le creían a él, según su costumbre, en aquella casa y, por ende, miserablemente perdido.

Guinigi, reconociendo deber a la inspiración del Señor y al haber oído la Santa Misa la gracia de no haber tenido el mal fin de sus compañeros, se convirtió e hizo una vida santa hasta la muerte.

¿Veis, carísimos, cuánto importa seguir prontamente las buenas inspiraciones, y cuánto bien nos reporta la Santa Misa?

CAPÍTULO IX

La Santa Misa nos da bienes de fortuna

Somos de tal hechura que buscarnos siempre nuestro interés enriquecernos, acumular, ganar. ¿Y cuál es el medio más seguro? Helo aquí: Oír cada día la Santa Misa.

En la vida de San Juan el Limosnero se lee que vivían en Alejandría de Egipto dos obreros del mismo oficio. Uno tenía que mantener numerosa familia y andaba, con todo, holgado en sus ganancias. El otro no tenía hijos, trabajaba día y noche, y hasta los días de fiesta, y se hallaba, aun así, siempre en la miseria. Viendo la prosperidad del compañero, se le acercó y le preguntó por el secreto de su fortuna. Prométele aquél manifestárselo a condición de que al día siguiente, muy de mañana, se encontrase con él. El mísero obrero lo aceptó de voluntad, y al día siguiente, a la hora fijada, fue a encontrarse con su compañero, el cual lo condujo a la iglesia a oír Misa, repitiendo esta acción durante tres días seguidos.

Cansado al fin aquél: —Amigo—comenzó a decirle—, el camino de la iglesia lo conozco, y en cuanto al oír Misa cada día, no tengo tiempo que perder. Si quieres ser fiel a tu promesa y manifestarme el secreto de tu fortuna, bien; si no, quédate con Dios.

Entonces el obrero afortunado, volviéndose a él con afecto, respondió:

—Ve, amigo mío, el secreto que tengo para andar bien en este mundo, que no es otro precisamente sino llegarme cada día a oír Misa. Se muy bien que es por ella, por lo que el Señor bendice mi trabajo y me da fortuna. Oye también tú cada día la

Santa Misa, y verás cómo cambian las cosas de tu casa.

Y de hecho sucedió así, porque, comenzando a oírla cada mañana, tuvo trabajo, pagó deudas y puso su pobre casa en buen estado.

¿Nos lo creéis, carísimos? Si no lo creéis, haced la prueba por un año. Oíd durante ese tiempo cada mañana la Santa Misa, y si vuestros intereses materiales no toman mejor cariz, quejaos entonces de mí.

Sigamos el ejemplo de los grandes hombres: Cristóbal Colón, Tomás Moro, Juan Sobieski, los cuales ponían su mayor confianza en la Santa Misa y en la Comunión.

* * *

En 1683, la ciudad de Viena estaba sitiada por los turcos; perdida toda humana esperanza, se temía la ruina y la muerte.

La mañana del 12 de septiembre, día decisivo para la batalla, el general Juan Sobieski, lleno de fe en Dios, iba a la iglesia y en ella oía Misa, la ayudaba él mismo y comulgaba. Al final, recibida la bendición del sacerdote, lleno de entusiasmo, se lanza con los suyos al combate. Hace prodigios de valor, desbarata el ejército enemigo, lo derrota y alcanza la más espléndida victoria.

¿Queremos fortuna?, repito: Lleguémonos al medio más seguro, que es la Santa Misa, y añadamos, si es posible, cada vez la Comunión.

CAPÍTULO X

La Santa Misa nos procura una buena muerte

Sea lo larga que queráis nuestra vida, carísimos; pero al fin hay que morir, y de la buena o mala muerte dependerá nuestra suerte feliz o infeliz para siempre: o eterno Paraíso o infierno sin fin. ¿Y será posible que tenga mala muerte quien en vida ha oído con frecuencia la Santa Misa? No, jamás. Lo dijo Jesucristo mismo a Santa Matilde.

* * *

Aparecido un día Jesús a esta Santa, después de haberla consolado en sus tribulaciones espirituales, la aseguró plenamente de sus temores, diciéndole: “Sabe, oh Matilde, que quien tenga por costumbre oír la Santa Misa será consolado en la muerte con la presencia de los Ángeles y Santos, sus abogados, que lo defenderán valientemente de las insidias diabólicas, y expirará en paz su alma.”

¡ Oh! ¡Qué hermoso desenlace tendrá nuestra vida si hubiéramos oído cuantas Misas pudimos!

La celebración de la Santa Misa tiene por sí misma gran eficacia para procurarnos una buena muerte. San Leonardo de Puerto Mauricio cuenta de una mujer, pecadora de Roma, la cual, olvidada de su eterna salvación, no pensaba sino en pecar y hacer pecar a otros, sin otro bien que el de hacer celebrar con frecuencia Misas.

Pasados muchos años, fue sorprendida de tan vivo dolor de sus pecados que, llegándose a los pies de un confesor, hizo confesión general, y poco después murió tan bien dispuesta que dejó claras señales de su eterna salvación.

Nosotros, al presente, somos todos buenos cristianos; pero puede suceder que el demonio nos arrastre al mal y nos ponga en camino de perdición. Pues bien, recordemos que la devoción a la Santa Misa será un

poderoso auxilio para vencer al demonio, convertirnos y tener una buena muerte. San Agustín nos asegura que quien oye bien y con frecuencia la Santa Misa no muere de muerte repentina, y aquí me place referir otro bellissimo ejemplo contado por San Leonardo.

* * *

Érase un pobre viñador que mantenía su familia con el sudor de su frente, el cual acostumbraba llegarse cada día, antes de ir al trabajo, a oír la Santa Misa. Una mañana, yendo con tiempo a la iglesia para satisfacer su piedad, terminada la primera Misa, se quedó para oír otra, además de aquella. Llegado a la plaza, se encontró con que todos los patronos habían ya cogido obreros, sin que quedase alguno que viniese en busca de él.

Se volvía, por lo tanto, a casa del todo desconsolado, cuando se encontró con un señor que le preguntaba por la causa de su tristeza.

—¡Que quiere! —repuso el viñador. Esta mañana me detuve un poco más en la iglesia, y ya no he encontrado trabajo.

—No os apesadumbréis por ello—le dijo el señor—; antes bien, volveos a la iglesia y oíd otra Misa por mí, que yo os pagaré la jornada.

Fuese él muy contento a la iglesia, y no sólo una Misa, sino todas las otras que aún se celebraron oyó de muy buena voluntad por aquel señor, quien a la tarde le pagó buena jornada. De noche se apareció Jesús a aquel señor y le dio a entender que le hubiera, por su mala vida, precipitado en el infierno aquella misma noche, pero que le daba aún tiempo de hacer penitencia por las Misas que le había oído aquel jornalero. Y así, el mismo Redentor nuestro dio a conocer cómo la Santa Misa sirve eficazmente para escapar de una mala muerte repentina. Pero, ¿cuánto más valdrá para este fin la Comunión, que es llamada la señal segura del Paraíso?

CAPÍTULO XI

La Santa Misa nos abrevia las penas del purgatorio y nos preserva de ellas

Después de una buena muerte, ¿que gracia más deseable que volar derechos al Paraíso sin pasar por el Purgatorio o, al menos, salir de allí lo más pronto? Pues bien, todos los mayores Santos están de acuerdo en decir que no hay medio más seguro para obtener de Dios gracia tan preciosa como el sacrificio de la Misa, por lo cual aquel gran siervo de Dios, el Beato Juan de Ávila, preguntado, al fin de su vida, que cosa más le encariñaba y qué bien principalmente deseaba que se le hiciese después de la muerte: — Misas—respondió—, Misas, Misas.

San Anselmo nos dice claramente que una Misa, oída o celebrada por nuestra alma en vida, nos será más provechosa que muchas después de la muerte.

* * *

San Leonardo cuenta de un rico negociante genovés que vino a morir sin dejar manda alguna en sufragio de su alma. Todos se maravillaron de cómo un hombre tan rico, tan piadoso, tan caritativo con todos, hubiese sido en muerte tan cruel consigo mismo; pero, sepultado que fue, se le encontró en su Dietario el gran bien que se había hecho en vida por su alma, habiendo ordenado celebrar más de dos mil Misas, y al fin del Dietario estaba escrito: “Quien se quiere el bien, hágaselo en vida y no se confíe de los que, le quedan después de la muerte.”

San Leonardo, después de haber contado el hecho: “Misas —exclama también él—, Misas”, y con las manos juntas, nos exhorta diciendo que

sólo con esta condición podemos mantener en el corazón la esperanza de ir tras la muerte derechos al paraíso sin pasar por el Purgatorio.

Tengamos para con nosotros tan buen acuerdo, y, una vez conocida la excelencia y dignidad de la Santa Misa, no digan nunca: “Una Misa de más o de menos, ¿qué importa?... Basta la Misa de los días de fiesta... La Misa no nos da de comer...”

Renovemos el propósito de oír de aquí adelante las más Misas que podamos, y sigamos el consejo importantísimo de hacernos celebrar en vida todas las que deseáramos nos sean celebradas después de la muerte, sin fiarnos de nuestros herederos, recordando el proverbio que dice: “Más alumbra una candela delante que diez detrás.”

CAPÍTULO XII

La Santa Misa es el mejor sufragio por las benditas almas del purgatorio

Todos sabéis, carísimos, cuán terribles sean las penas del Purgatorio. San Jerónimo nos dice que el fuego en que están envueltas aquellas almas no cede en nada al del infierno, pues, siendo instrumento de la Divina Justicia, les acarrea penas insufribles, superiores a todos los tormentos que en este mundo pueden imaginarse. Pero este Santo nos asegura que cuando se celebra la Misa por algún alma del Purgatorio, suspende el fuego su rigor y aquel alma no sufre pena alguna durante el tiempo que dura aquélla. Afirma además que en toda Misa salen muchas de aquellas almas del Purgatorio y vuelan al Paraíso.

En efecto, San Bernardo, celebrando una vez Misa en la iglesia que se alza cerca de las Tres Fuentes de San Pablo, en Roma, vio una escalera que desde la tierra llegaba hasta el cielo, y en ella a los Ángeles que iban y venían del Purgatorio, sacando de él las almas purgantes y llevándolas, todas hermosas, al Paraíso.

El célebre Padre Lacordaire, el más famoso conferenciante francés, muerto en 1861, cuenta que un príncipe polaco, incrédulo y materialista, había escrito un libro contra la inmortalidad del alma. Estaba para darlo a la imprenta, cuando un día, paseando en su jardín, encontró a una señora deshecha en lágrimas, que, echándose a sus pies, le dice:

—¡Ah, mi buen príncipe! Mi marido ha muerto... su alma estará en el Purgatorio, donde sufrirá... y yo soy tan pobre que ni siquiera puedo dar lo suficiente para celebrar una Misa de difuntos... Tened la bondad de ayudarme a favor de mi marido.

Aquel noble señor, aunque pensaba que la señora era víctima de su credulidad, no tuvo ánimo de despedirla. Saca del bolso una moneda de

oro, y se la da. La señora, contentísima, corre a la iglesia y manda a un sacerdote celebrar Misas por su marido.

Cinco días después estaba el príncipe leyendo en su estudio, cuando, levantando los ojos, vio a dos pasos de él a un hombre vestido como los aldeanos del país.

—Príncipe—le dijo el desconocido—, vengo a daros las gracias. Soy el marido de aquella pobre señora que os rogaba pocos días ha, darle limosna para hacer celebrar la Santa Misa por mi alma.

Vuestra caridad ha sido grata a Dios, y Él me ha permitido venir a daros las gracias.

Dicho esto, el paisano desapareció como una sombra. Entonces el príncipe quemó su escrito, y cediendo a la gracia divina creyó, se convirtió y vivió como buen cristiano hasta el fin de su vida.

Se cuenta de una madre que, habiéndole sido arrebatado su único hijito de diez años, no podía consolarse. De día lloraba siempre, y de noche soñaba con el hijo. Una vez lo vio en sueños en una campiña estéril, toda abrasada del sol, en medio de la cual había una cisterna de agua maloliente, y el hijo suyo, abrasado de sed, encorvado sobre la cisterna, que quería beber y no podía. Lloraba el pobre niño, pedía ayuda, y nadie le oía. La pobre señora se despierta, y pensando en el sueño, concluye que su Carlitos pudiera estar en el Purgatorio y tener necesidad de oraciones, e hizo celebrar algunas Misas por su alma. Por tres noches consecutivas, siempre a la misma hora, se siente llamar distintamente, y ve aquella campiña cambiada: toda verde y cubierta de flores; el agua de la cisterna era limpísima, y su niño, bello como un ángel, bebía del agua, jugaba en medio de aquellas flores y le repetía: “Gracias, mamá, gracias.” Después que calló la voz, la madre no soñó más, y vivió tranquila, pensando que su hijito estaba seguramente en el Paraíso.

CAPÍTULO XIII

El bien que hacemos a las almas del purgatorio retorna siempre en ventaja nuestra

El hecho siguiente sucedió en París el año 1827.

Una pobre criada tenía la hermosa costumbre de hacer decir cada mes una Misa por las almas del Purgatorio. A causa de una larga enfermedad, perdió la colocación y consumió todos sus ahorros, y el día que pudo salir de casa no le quedaban más que veinte monedas de cobre. Pensando que aquel mes no había podido aún hacer celebrar la Misa por los difuntos, entra en una iglesia, y llena de confianza en Dios, se priva de la última peseta que le quedaba, y asiste con devoción a la Misa. Salida de ella, y andados pocos pasos, se encuentra con un joven alto, pálido, de nobles modales, que, poniéndose a su lado, le dice:

—¿Buscáis una colocación, no es verdad?

—Sí, señor.

—Pues id a la calle tal, número tal, piso... Creo que allí estaréis bien.

Y desapareció entre la gente.

La jovencita fue a la casa indicada, entra, y se encuentra con una señora de aspecto venerable.

—Señora—dice la criada—, he sabido que usted necesita una camarera, y vengo a ofrecerme.

—Pero, hija mía, ¡nadie sabe que yo necesite muchacha! ¿Quién puede haberte mandado?

—Fue un joven, señora, que acabo de encontrar de camino.

La señora no podía imaginarse quien fuese, cuando la criada, alzando los ojos, vio un retrato y dice:

—He aquí, señora, el retrato de quien esta mañana me habló.

—Pero si este es mi hijo único, muerto ha dos años—exclamó la matrona—. ¿Que querrá decir esto?

Entonces la criada le contó lo demás, de donde fue fácil comprender que el alma de aquel joven había sido librada del Purgatorio por la Misa hecha decir, y la señora tomó a la pobrecita, no como criada, sino como hija.

Ved el bien que proporciona una sola Misa mandada decir por las almas del Purgatorio.

* * *

San Pedro Damiano, quedando de muy niño huérfano de padre y madre, fue recibido por un hermano, que le trataba con dureza y le negaba el pan y el vestido necesarios. Un día halló de camino una moneda de plata, sin saber a quien pudiera pertenecer. Imaginad que alegría la del pobre Periquito. Le pareció que había encontrado un tesoro, y pensó en seguida comprarse una gorra, unos zapatos, un jersey... ¡Todo lo necesitaba! Al punto se acordó del padre y de la madre que le faltaban, y, llenos los ojos de lágrimas, corre a llevar la moneda a un sacerdote para que celebre la Santa Misa, por sus pobres muertos.

¿Lo creeréis? Desde aquel día, protegido de las almas del Purgatorio, cambió su fortuna. Otro hermano suyo lo recogió y lo hizo estudiar, y Pedro Damiano llegó a ser Sacerdote, Obispo, Cardenal, Santo...

Ved de nuevo cómo una sola Misa hecha decir en sufragio de las almas del

Purgatorio fue principio de inmensas ventajas. Pero ¡ah! ¡Que mayores ventajas si a la Misa se añade la Sagrada Comunión!

CAPÍTULO XIV

¡Ay de los que no mandan decir las misas de obligación por sus difuntos!

Tanto como premia Dios a los que oyen o hacen decir Misas por sus difuntos, así castiga a los que faltan a este sagrado deber.

“Si alguno de vosotros fuese—dice San Leonardo—de aquella raza de avarientos que no sólo faltan a la caridad no oyendo jamás Misa por aquellas pobres almas, sino que, conculcando todo deber de justicia, rehúsan satisfacer los legados de Misas que les dejan en testamentos: ¡oh! ¿que diré a los tales? ¡Lejos, que sois peores que el demonio!, porque los demonios atormentan a las almas condenadas, pero vosotros atormentáis a las predestinadas. Sois peores que los bárbaros, porque los bárbaros se encrudecen contra los enemigos, y vosotros sois crueles para con vuestro padre, vuestra madre y los amigos de Dios. ¡No!, para vosotros no hay confesión que valga, ni absolución que os aproveche, mientras no hagáis penitencia de tan gran pecado satisfaciendo puntualmente todas las obligaciones que tenéis para con vuestros difuntos.”

* * *

No se alegue la excusa de que “no hay.. no se puede”. Para vuestro contrato y tráfico, y negocios, y diversiones, y lujos, y hasta para cometer pecados, “sí hay y sí se puede”, y para satisfacer las deudas con los pobres difuntos, ¿no hay, no se puede? Acordaos de que si en la tierra no hay quien os pida cuenta, habéis de dársela en firme a Dios. Devorad las mandas de los difuntos, los legados, las Misas; pero sabed que con vuestra crueldad e injusticias para con las almas del Purgatorio, irritáis a Dios y acumuláis sobre vosotros desgracias, como dice la Escritura: desgracias en la salud, en la hacienda, en el honor, y ruina de toda especie en este mismo

mundo. *Multiplicata est in eis ruina*¹ (Ps. 105, 29). ¿Y después? Después de una vida desgraciada, caeréis en las manos de Dios, por quien seréis juzgados sin misericordia a causa de vuestras crueles injusticias, en especial con los difuntos: *Iudicium sine misericordia illi qui non fecit misericordiam*² (Jc., 2, 13).

No estoy para traeros aquí casos particulares de ruinas y desgracias gravísimas de casas y familias que no han satisfecho las obligaciones con sus difuntos. Volved los ojos por ciudades y países, y ved cuántas familias dispersas, casas arruinadas, fortunas disipadas, negocios en quiebra, trabajos suspendidos. ¿Cuál es la causa?...

Si se quisiera ir al fondo, esta se hallaría en la crueldad que se usa para con los pobres difuntos, en el olvido de los legados píos. Pero estos son sólo castigos temporales; castigos más graves reserva Dios para la otra vida, y con frecuencia permite que sean los tales pagados con la misma moneda por sus sucesores.

En las crónicas franciscanas se lee que un hermano se apareció después de muerto a un compañero suyo, y le manifestó las penas acerbísimas que sufría en el Purgatorio por haber sido descuidado con los difuntos, y que hasta entonces nada le habían ayudado ni el bien que le habían hecho ni las Misas celebradas en su sufragio, porque Dios, en pena de su negligencia, las había aplicado a otras almas. Esto dicho, desapareció.

Oh! Permitid que otra vez suplique queráis de ahora en adelante tener toda premura y diligencia en sufragar por las almas del Purgatorio y a la vez pagar vuestras deudas a la Divina Justicia, en especial, por medio de la Santa Misa y de la Sagrada Comuni3n; pero, sobre todo, que seáis solícitos en satisfacer los legados en favor de las almas del Purgatorio, aunque sea a costa de sacrificios.

¹ La ruina sobrevino sobre ellos.

² Porque quien no tuvo misericordia será juzgado sin misericordia.

CAPÍTULO XV

Obligación de oír Misa los días festivos

Sabéis, carísimos, que oír la Santa Misa los días festivos es un ineludible deber, cuya omisión, sin causa suficiente, es un grave pecado. Con todo, ¡cuán vergonzosa es la conducta de tantos cristianos que se cuidan tan poco de la Santa Misa y se dispensan facilísimamente! Las fiestas se emplean en contratos, en conversaciones, en paseos, en juegos, por los que muchos descuidan, pierden y desprecian la Santa Misa. No lo hagamos así; cuando en las fiestas sintamos el sonido jubiloso de la campana, pensemos que es la voz de Dios que nos llama a su casa; no digamos que no a Jesús, no le volvamos la espalda.

Acordémonos que los primeros cristianos iban a Misa aun a costa de su vida,

* * *

Se cuenta de la virgen Santa Anisia que, mientras un domingo iba a Misa en tiempo de persecución, un soldado del emperador Diocleciano, viéndola e imaginándose que era cristiana:

—Detente—le dijo—; ¿dónde vas?

—Soy cristiana—respondió, animosa, la joven Anisia—, y voy a la reunión de los fieles.

— ¡Ah!, ¿eres cristiana?—exclamó el soldado—; te impido que vayas a tu Señor, y te conduciré a sacrificar a los dioses.

Esto dicho, la coge de un brazo y trata de arrastrarla tras sí. Anisia resiste con fuerza e invoca a su Dios y a su Jesús. A tal invocación, monta aquel inhumano en cólera, y, sacando la espada de la funda, la hunde en el

corazón de la virgen cristiana, que cae tendida en su propia sangre, mártir de su celo por oír la Misa en día de fiesta.

* * *

Nuestros misioneros nos cuentan hechos admirables de pobres salvajes que viajan días enteros por desiertos y bosques para llegar a oír Misa. Así, un Padre marista, misionero de Oceanía, contaba poco ha que un día, cuando iba a comenzar la Misa en campo abierto, apareció en el mar una cosa extraña que avanzaba hacia la playa. ¿Qué sería? Una tribu entera de salvajes que atravesaba a nado un espacio mayor de seis leguas, con gran peligro de la vida, únicamente por tener el consuelo de ver celebrar el Santo Sacrificio de la Misa.

Cuenta el Padre Bresciani, describiendo los progresos de la religión católica en la Rusia Blanca, que muchos de aquellos pobres habitantes, envueltos todos en pieles de oso y de lince, caminaban por medio de aquellos bosques, sobre la nieve, la noche entera, para llegar a oír Misa.

Con frecuencia el frío era tal que se helaba el vino en el cáliz, y, con todo, los que no podían estar en la iglesia se quedaban fuera, muchas veces bajo la nieve, donde de rodillas oran y se golpeaban el pecho. Más de uno de los muchachitos caía desmayado sobre el hielo, y entonces las madres, recogiénolos en el regazo, les lanzaban el aliento a la boca, tratando de que recobrase el sentido.

El archiduque Francisco Fernando, príncipe de Austria, iba a Berlín para ser padrino de bautismo del cuarto hijo del príncipe heredero de Alemania. En esta ocasión se dio el siguiente hecho característico y edificante.

El archiduque había partido de Viena el sábado por la tarde, y debía llegar a Berlín el domingo hacia las once de la mañana.

Al tiempo de partir, el príncipe telegrafió al emperador Guillermo, rogándole que no se le hiciese en la estación recibimiento oficial, porque la Misa última en Santa Eduvigis era a las once y media, y no llegaría a tiempo si se detenía.

El servicio de honor fue, pues, revocado, y el emperador fue únicamente acompañado del príncipe heredero y de los respectivos ayudantes de campo, a recibir al huésped austriaco en la estación, de donde se fue aquel directamente en automóvil a Santa Eduvigis.

¡Cómo deben avergonzarse los que pierden la Misa por fútiles y hueros motivos!

Séannos estos ejemplos estímulos para cumplir el deber de oír Misa los días festivos. Y aun cuando fuésemos constreñidos a trabajar los días de fiesta o estuviésemos lejos de la iglesia, o el tiempo fuese duro, hagamos algún sacrificio por ir a Misa. ¡Cuántos hay entre los obreros, entre los empleados de ferrocarriles, carteros, telegrafistas, etc., que, obligados a trabajar en domingo, no dejan, con todo, de oír muy de madrugada la Misa y aun comulgar! El Señor, ciertamente, bendecirá a ellos y a sus familias.

CAPÍTULO XVI

¡Ay del que desprecia la Misa en los días festivos!

Cuanto es bueno el Señor con los que le temen y aman, tanto debe ser justo con los que le desprecian, y muchas veces los castiga terriblemente.

San Leonardo cuenta que tres mercaderes de Gubbio, yendo un sábado de feria a un país lejano, y pasando allí la noche, dos de ellos resolvieron partir pronto el domingo de mañana. El tercero hizo todo cuanto pudo para persuadirles a oír Misa, pero inútilmente.

Sucedió que los dos, llegados al río Corfuone, engrosado por deshecha lluvia, no se dieron cuenta de que el puentecillo peligraba, y espolearon sobre el a sus caballos. En aquel mismo momento se rompió el puente, y ellos, con las caballerías y mercancías, cayeron en las aguas y perdieron miserablemente la vida. Pocas horas después, sacados ya por unos paisanos sus cadáveres a la orilla, he aquí que llega el tercer mercader, después de haber oído Misa. Reconocido éste, alzó las manos al cielo, dando gracias a Dios de haberlo librado de una muerte segura, y se confirmó en el santo propósito de santificar de allí en adelante las fiestas, sobre todo con oír siempre la Santa Misa.

Eneas Silvio, que fue Papa Pío II, cuenta que en Alemania, en una ciudad llamada Scivia, se encontraba un rico y noble caballero que, caído en pobreza, fue presa de gran melancolía y estaba desesperado. El demonio le tentaba cada día a ahorcarse, y el, no sabiendo cómo librarse de la tentación, se aconsejó de un santo confesor, quien le dio este consejo: “No dejéis pasar día sin oír la Santa Misa, y no temáis”. El caballero tomó buena nota del consejo, y lo puso en seguida en práctica, acudiendo a oír la Misa todos los días.

Sucedió, al cabo de algún tiempo, que apresurándose una mañana para llegar a la Misa, se encontró con un aldeano que le dijo que se volviese atrás, porque la Misa había terminado y no había más allí.

Turbado el noble, comenzó a temer, y, llorando, repetía desconsolado: “¿Qué será de mí en este día? ¡Tal vez sea el último de mi vida!”

El aldeano se maravilló de verlo tan afligido, y, para consolarlo, le dijo: “¡Alegraos, alegraos, que yo os remediaré en todo! Dadme el capote, y yo os vendo mi Misa”. De grado aceptó el caballero el partido, y dándole el capote, continuó su camino a la iglesia. Hecha una breve oración, se volvió; y al pasar por aquel sitio, vio al miserable que había vendido la Misa ahorcado de un árbol y muerto como Judas, Había despreciado y vendido la Misa, habiendo pasado la tentación del demonio a él, venciéndole y persuadiéndole a ahorcarse.

Oh ignorancia grandísima de muchos cristianos que no aprecian el inmenso tesoro de la Misa, la cambian por una mezquina diversión, la posponen a un vil interés! ¡Oh maldad execranda la de muchos otros que no creen en ella o, creyéndola, la desprecian vilmente!

CAPÍTULO XVII

El gran bien que es oír Misa cada día

Entendieron cosa tan importante no sólo muchos Santos, sino muchos reyes, emperadores y príncipes.

Constantino Magno oía la Santa Misa cada mañana en su palacio, y cuando andaba en guerras, entre el estrépito de las batallas y el rumor de las armas, traía consigo un altar portátil y en él hacía celebrar cada día la Misa, por cuyo medio alcanzó grandísimas victorias.

No una, sino tres Misas, fuese en tiempo de paz o de guerra, quería oír cada día el emperador Lotario. Lo mismo hacía el piadoso rey de Inglaterra Enrique III, y por ello fue premiado del Señor con cincuenta y seis años de reinado.

San Luis, rey de Francia, oía Misa cada día. San Wenceslao, rey de Bohemia; oía cada día muchas Misas y ayudaba con frecuencia él mismo, con edificación de todos. Era tanta la devoción que tenía a la Misa, que quería sembrar con sus manos el trigo y exprimir los racimos que suministraban el pan y el vino para el sacrificio. A tal fin tenía señalados un campo y una viña que el mismo cultivaba con grandísima humildad y diligencia.

El gran Tomás Moro, aunque encargado de todos los negocios de Inglaterra, como primer ministro, oía todos los días Misa. Un día lo hizo llamar el rey en aquel tiempo, y él, con humilde respeto, pero con cristiana valentía, le envió la respuesta de que tuviese la bondad de esperar a que hubiese terminado la Misa que estaba oyendo.

* * *

Napoleón I examinaba un día el Reglamento del célebre Conservatorio de Ecomen. Llegando a un artículo que decía: “Las jóvenes educandas deberán oír Misa los domingos y jueves”, Napoleón estalló de

indignación, y dijo: “Dadme una pluma”, y corrigió, escribiendo de su propio puño: la oirán todos los días.

Más tarde, desterrado en Santa Elena quiso que un sacerdote, todos los días se la celebrase.

Acaeció que, hallándose una vez solo con el general Montholon, le ordenó que tuviese todo preparado para la Misa del día siguiente. El general hizo un gesto de asombro, y Napoleón le dijo:

—En el trono, rodeado de gente sin religión, no oculto que tuve respetos humanos; pero hoy, ¿por qué disimular lo que pienso? Quiero oír Misa; iré a Misa. No forzaré a nadie a que me acompañe; pero los que me aman, me seguirán.

García Moreno, presidente de la República del Ecuador, a la que hizo un bien inmenso civil, moral y religioso, se levantaba cada mañana a las cinco, iba a la capilla, preparaba él mismo los ornamentos para la Misa, ayudaba él mismo y la oía con sus familiares. Odiado de los enemigos de Jesucristo, fue asesinado por orden de la masonería. Sobre el se halló el librito de la Imitación de Cristo, en cuya última página estaban escritas sus resoluciones, y entre ellas la siguiente: “Oiré Misa todos los días”.

Igual propósito debemos hacer todos.

* * *

San Agustín atestigua que su madre no dejaba pasar día sin oír Misa. San Homobono era sastre, San Odón, zapatero, y hallaban, a pesar de todo, tiempo para oír cada día Misa, sin desatender sus ocupaciones, y Dios les daba salud, trabajo y buena suerte.

¡Cuán bueno y útil seguir tales ejemplos y oír, a ser posible, Misa todos los días! No aleguemos la excusa de que nos falta tiempo, posibilidad, comodidad; persuadámonos de que, mientras oímos la Misa, el Señor bendice nuestras ocupaciones, y en la casa, y en el campo, y en la tienda, los ángeles de nuestra guarda trabajan por nosotros.

* * *

San Isidro era un pobre labrador, mas no dejaba de oír Misa todas las mañanas. Su patrón no lo veía bien, y a veces le reprendía, bien que se maravillaba de ver siempre sus trabajos a tiempo y mejor hechos que los de los demás. Un día quiso ir, a ver quién trabajaba más en los campos, y con gran estupefacción vio cómo nada menos que un Ángel labraba con

una magnífica yunta de bueyes, mientras Isidro estaba en la iglesia oyendo Misa.

CAPÍTULO XVIII

Manera con que debemos acercarnos a oír Misa

Debemos llegarnos a la iglesia vestidos decentemente y aseados, sin pomposidad ni lujos.

San Ambrosio, Arzobispo de Milán, habiendo visto un domingo a una señora que entraba en la iglesia para oír Misa con un traje de lujo excesivo, se acercó a ella y, con tono severo:

—Señora—le dijo—, ¿creéis qué venís al baile o al teatro, pues entráis en la iglesia con tal traje? Marchaos de aquí, e id a llorar vuestros desórdenes.

¡Oh, cuántos cristianos merecerían tan graves reprensiones! ¡Cuántos cristianos hay en nuestros días, aún en las pequeñas aldeas, que se llegan a Misa precisamente con la intención de aparentar y hacerse admirar por su modo de vestir! Y, en especial, son dignas de reprensión las señoras que acuden a Misa con sombreros cargados de flores, perfumadas de esencias, y aún con la cabeza destocada, los vestidos sueltos y sin modestia alguna. Dios no puede tolerarlo, y les vuelve los ojos y muchas veces lo castiga.

* * *

En un diario de Bolonia se leía pocos años ha, el hecho siguiente:

Un domingo, una iglesia de la ciudad se hallaba llena de gente, recogida para oír Misa, cuando he aquí que entra una joven, toda perfumada y vestida con poca decencia; ni dobla en tierra la rodilla, ni hace siquiera la señal de la cruz, sino que seguidamente comienza a pavonearse, a volver la cabeza de un lado para otro, a hacer ostentación de su persona. La gente se escandaliza, pero el castigo de Dios no tarda en herir a la sacrílega. De golpe, la infeliz palidece, da un grito y es atacada de apoplejía fulminante; cae en tierra y muere.

* * *

Santa Isabel, reina de Hungría, tuvo una vez, con ocasión de una gran solemnidad, que ir a la iglesia adornada con precioso vestido y la diadema en la cabeza. Mientras oraba, acudió a sus ojos la imagen del crucifijo, a cuya vista se conmovió profundamente, y considerando a su Dios coronado de espinas, llagado, chorreando sangre, piensa en sí misma, cubierta de seda, de púrpura y oro, y prorrumpe en llanto y cae desvanecida a los pies de los cortesanos. Desde aquel día no fue más a la iglesia vestida de reina ni con la corona en la cabeza.

¡Que hermoso ejemplo para tantas cristianas, aunque nobles y señoras!

* * *

El celebre literato Federico Ozanam, fundador de las Conferencias de San Vicente de Paúl, profesor de la Sorbona, una de las glorias más puras de la Francia del siglo pasado, se encontraba en Atignano, cerca de Liorna, a cuyo lugar le habían llevado por prescripción medica y donde se preparaba para el fuerte trance de la muerte.

Acercándose la solemnidad de la Asunción, Ozanam manifestó deseos de ir a la iglesia a oír Misa y comulgar.

Su señora hizo venir para ello de Liorna un coche que lo condujese; pero Ozanam no se quiso servir de el, diciendo: “Esta es quizás la última vez que voy, y quiero ir a pie, en honor de Dios y de su Madre Santísima”. Y se puso en camino, apoyado en el brazo de la que llamaba su ángel.

Los aldeanos, sabedores de su llegada, se reunieron junto a la iglesia, y cuando apareció, tan pálido, y atravesó sus filas, todos se descubrieron e inclinaron la cabeza respetuosamente, y las damas y los niños le saludaban graciosamente con la mano, conmovidos hasta derramar lágrimas.

Fue, en verdad, la última Misa que oyó Ozanam en la tierra.

CAPÍTULO XIX

El modo con que debemos oír Misa

Si deseamos, al oír Misa, satisfacer a la obligación y ganar sus frutos preciosos, es necesario que asistamos, como lo enseña el Catecismo, con modestia de cuerpo y devoción de corazón. Hacen, pues, mal los que en Misa hablan, ríen, piensan en sus negocios, lanzan miradas lascivas, hacen señas malvadas, no adoran a Jesús ni a la elevación, y parece que van a la iglesia para insultar al Señor. Si Jesucristo echó con tanto enojo a los profanadores del templo de Jerusalén, ¿qué castigos acumulará sobre la cabeza de los que profanan su iglesia en el momento más santo?

* * *

Cuenta el Padre Señeri que Felipe II, rey de España, vio una mañana a dos cortesanos que mostraban poca compostura al tiempo de la Misa. Salidos de la iglesia, los llamó y los reprendió con tanta severidad, que uno de ellos cayó en tierra privado de sentido, y al poco murió.

Se lee de un rey del Japón, recién convertido al cristianismo, que, habiendo sabido que un paje reía y jugaba durante la Misa, reunió a toda la Corte y, haciendo venir a su presencia al paje, lo condenó a muerte. Los familiares y consejeros trataban de disuadirlo y pedían perdón para el miserable; pero el emperador respondió con resolución:

—No se hable más. ¡A la muerte! Si la ley condena a quien me insulta, ¿no debo yo condenar a quien insulta a Dios?

¿Y cómo castigará Dios las faltas de respeto al templo y a la Santa Misa? ¡Ah!, acordémonos de que la Virgen se apareció en la Saleta, en Francia, en 1846, llorando por los terribles castigos que iban a caer sobre los hombres por la profanación de las cosas sagradas, entre las que están, sin duda, la Iglesia, el Santo Sacrificio de la Misa.

Obran también mal los que están en postura indecorosa, cubren de esputos el pavimento, duermen o piensan en cualquier cosa menos en rogar humildemente ante Dios.

* * *

Un día, Napoleón el Grande, oyendo Misa, vio a, un oficial suyo en pie durante la elevación; alzase de improviso, y dándole un puñetazo en la espalda, le dijo: “Mal educado, ¡arrodíllate ante tu Dios, como lo hace tu emperador! Ante Jesucristo, yo y tú somos menos que polvo”.

San Juan Crisóstomo nos asegura que miles de Ángeles rodean el altar mientras se celebra la Santa Misa, y él mismo los vio muchas veces que estaban en silencio, inclinados, con los ojos bajos, extasiados ante el adorable Sacramento. ¿Y no debe ser éste nuestro porte en la Santa Misa?

* * *

Acordémonos, además, de que el tiempo de la Misa es el más útil para pedir a Dios las gracias que hemos menester. Santo Tomás de Aquino dice que, al tiempo de la Misa, los Ángeles de nuestra guarda presentan a Jesús nuestras plegarias, y Jesús las oye y las acepta.

Cuando nos hallemos en la iglesia, no estemos mudos, carísimos; oremos por nosotros y por los que se encomendaron a nuestras oraciones roguemos por el Papa, por los Obispos, por los sacerdotes, por todos los cristianos. Los padres rueguen por sus hijos, por la familia; los hijos rueguen por sus padres y superiores. Roguemos en especial por los pobres pecadores. Pidamos, pidamos mucho al

Señor con fe viva; cuanto más pidamos, cuanto mayor sea la devoción y la fe, tanto mayores y más abundantes serán las gracias, aún las temporales. No nos olvidemos de las almas del Purgatorio.

Qué oraciones deben recitarse durante la Misa? Podemos leer las que se insertan en los devocionarios; podemos rezar el Santo Rosario, meditando sus misterios; podemos rezar muchas veces las oraciones de la mañana y de la tarde; podemos rezar cualquier otra oración por nosotros o por los demás, vivos o muertos... Pero, por caridad, ¡oremos!..

Excelente cosa sería también leer durante la Misa el Vía Crucis, meditar la pasión y muerte de Jesús, hacer actos de fe, esperanza y caridad, de contrición de nuestros pecados, de propósito de la enmienda.

NOTA: En el tiempo que el autor escribió este libro, las Misas se celebraban en latín, se recomendaba entonces rezar el Rosario u otras oraciones durante la Misa. Ahora que la Misa se celebra en el idioma de cada uno, es obligación participar de la Misa escuchando al sacerdote y orando con él.

CAPÍTULO XX

No vendamos al demonio el fruto de la Santa Misa

Los que pasan el tiempo de la Misa charlando o en continuas distracciones voluntarias, venden al demonio todo su fruto. Tal acaeció a una buena mujer, como se lee en el Espejo de ejemplos devotos.

Esta, para obtener de Dios una gracia que deseaba, prometió al Señor oír un gran número de Misas al año. Por ello, siempre que oía el toque de campana llamando a Misa, suspendía al momento sus quehaceres, y poníase al punto en camino. Vuelta a casa, para llevar cuenta de las Misas oídas, metía cada vez un haba en un saquito que tenía a buen recaudo. Al fin de año, fue muy alegre, a abrir el saco; pero, con gran sorpresa suya, de tantas habas como había metido, no halló ninguna. Entonces, estupefacta y acongojada, se fue a quejar al confesor, quien le preguntó cómo había estado en la iglesia y con que devoción había oído Misa. Ella tuvo que responder que de camino solía ir charlando y jugando, y en la iglesia lo había pasado muchas veces de chicoleo con ésta o aquélla, y con el pensamiento fijo siempre en los quehaceres de la casa y del campo.

—Ahí tienes la causa—le dijo entonces el sacerdote—, por la que se han perdido esas Misas: el demonio las tomó para sí. Dios quiere haceros ver que si no se hacen bien las buenas obras, se pierden.

* * *

Un día, uno de aquellos cristianos que jamás oran, se quejaba a un santo religioso de que Dios no le concedía gracias. El religioso, para darle una buena lección, le dijo:

—Tomad este cesto, e id a sacar — agua.

—¡Perdón, Padre!, usted lo dice de burla. ¿Cómo quiere que traiga agua en un canasto?

—¿Y cómo queréis—repuso el religioso—que el Señor os dé gracias si no se las pedís?

Cuando vamos a la iglesia, vayamos como quien va a sacar agua; llevemos, no un cesto, o sea, distracción e indiferencia, sino un grueso cubo, o sea, mucha piedad y devoción, porque la plegaria tendrá valor diferente según el mayor o menor fervor con que se haga.

* * *

De un santo religioso se lee que mientras estaba un día rogando con devoción en la iglesia, donde se habían reunido muchas personas, vio con gran estupor unos Ángeles inclinados sobre hermosísimos libros. Pero creció más su estupor cuando, reparando con atención, se dio cuenta de que unos escribían con letras de oro, otros con letras de plata, otros con letras de tinta simple y algunos con agua clara.

Tomando alientos, preguntó humildemente el porqué, y ¿sabéis lo que se le respondió?: “Escribimos según la devoción y méritos de cada uno; en letras de oro, las oraciones de los más fervorosos; en las de plata, las de los menos fervorosos; en tinta, las de los poco fervorosos, y en agua clara las de los de ningún fervor ni devoción”.

Si así es, propongámonos hacerlas de modo que desde ahora en adelante sean nuestras oraciones escritas siempre por nuestro Ángel con letras de oro, y entonces seremos siempre oídos.

CAPÍTULO XXI

La misa mejor es aquella en que, a la vez, se comulga

La Santa Misa es el mayor tesoro de la tierra, la llave de oro del Paraíso; pero hay en ella un tesoro celestial, un Paraíso asegurado, una cosa, en suma, que le da un valor superlativo, y es la Sagrada Comunión. En efecto, asistiendo a Misa, lo hacemos a la renovación de la pasión y muerte de Jesucristo; pero lleguémonos a la Comunión, recibamos en nosotros al mismo Jesús y lleguemos a ser tabernáculos vivos de Jesús.

Con la Misa participamos de los frutos de la pasión y muerte de Jesucristo; pero con la Comunión nos hacemos renuevos legítimos de la misma planta, del árbol de la vida, que es Jesús.

En la Misa acompañamos a Jesús al Calvario y a la muerte; en la Comunión tomamos parte en sus bodas.

En la Misa, Jesús nos invita a llorar y sufrir con él; en la Comunión, a gozar y banquetear.

En la Misa Jesús nos lava con su sangre; en la Comunión nos alimenta y nutre con su carne.

La Misa es sólo el contrato; la Sagrada Comunión es la muestra, o sea, la prenda del Paraíso.

En la Comunión, Jesús, aunque Dios omnipotente y sapientísimo, no podría ni sabría darnos más.

Lleguémonos, pues, a la Comunión cada vez que vamos a Misa.

* * *

Se lee en la historia romana que Agripa, aprisionado seis meses por el emperador Tiberio, fue, del sucesor en el imperio, puesto en libertad con la añadidura de esta fineza:

Le regaló una cadena de oro de tanto peso cuanto la cadena de hierro con que había estado tanto tiempo atado, y quiso significarle con esto que pretendía tenerle atado con el beneficio tanto como Tiberio lo había tenido atado con hierros.

Esto es, puntualmente, lo que hace con nosotros Jesucristo si, sobre oír la Misa, nos llegamos a la Comunión. Con la Misa nos representa su pasión, nos libra de las férreas cadenas del pecado con que el demonio nos atara, y con la Comunión nos ata así con cadenas doradas de amor.

* * *

No digáis que sea cosa imposible comulgar frecuentemente. Conozco institutos femeninos donde todas las educandas acuden a Misa todos los días, y todas comulgan en ella. Conozco colegios de jóvenes donde todos, cada día, oyen Misa y en la que casi todos comulgan. Conozco oratorios festivos donde muchos y muchos, todos los domingos comulgan. Conozco regiones donde todas las mañanas muchos hombres, mujeres y niños van a Misa y comulgan. Luego, si la Comunión es a éstos posible, ¿por qué será imposible para vosotros?

Ni me digáis que esto es cosa de gente ignorante y vulgar. Si vais a Madrid o a grandes ciudades, veréis cada mañana a muchos nobles señores, a coroneles y capitanes del Ejército, a profesores de Universidad, a magistrados y jueces de Tribunales, a ministros y jerarquías, condes, marqueses y príncipes, que todos los días van a Misa y comulgan con más devoción que los otros.

Un señor había oído Misa en San Marcos, de Florencia. Al salir, se encontró con un conocido, empleado en un ministerio, y le preguntó:

—¿Cómo por aquí?... ¿Habrás estado en Misa?

—Sí; acabo de salir de ella.

—¡Bah! —apuntó el empleado—; dejad estos prejuicios, socorro de bobos.

—¡Querido amigo! —repuso el señor—. Mira aquellos tres viejos que bajan las gradas de la iglesia. ¿Los conoces? El uno es Gino Capponi; el otro, Alejandro Manzoni, y el tercero, Nicolás Tomaseo. Han oído la Misa a que yo asistí. ¿He estado en buena compañía? ¡Oh!, sí; dejemos ciertos prejuicios, y vayamos a Misa, y comulguemos; y allí estaremos siempre en compañía de gente que sabe y vale más que nosotros.

* * *

El general Sonís, uno de los más afortunados y valerosos, fue un día preguntado cómo no equivocaba ninguna maniobra.

—Os lo diré en seguida —repuso el religiosísimo varón—. Cada mañana, cuando tengo tiempo, voy durante media hora a tomar instrucciones del más valiente general que pueda existir.

—¿De quién?

—De Jesús —respondió Sonís—. Voy a oír Misa, y comulgo, y aquí está el secreto de mis victorias.

La Misa y la Comunión nos preparan a bien morir.

El 1793 fue el año del terror para los católicos franceses. En un humilde convento de las cercanías de París, unas vírgenes, consagradas a Dios, velaban en oración. Su canto difundía por el contorno sensaciones de piedad y suavidad inefables. Llega la hora de la Misa; se acerca el momento en que todas van a comulgar. Recibido a su Jesús, entonan el Magníficat, que el eco lejano repite con devoción, cuando he aquí que una horda salvaje, ebria de sangre, sorprende estas suplicantes voces angélicas, irrumpe como río devastador en el santuario.

—¡Abajo los ídolos! —gritan—. ¡Fuera de aquí! ¡O cantáis La Marsellesa, o a la guillotina...! ¡Basta de Magníficat! Mas ellas continúan impertérritas. Entonces, separadas a viva fuerza, el virginal tropel se encamina en doble fila, con exultación, al suplicio.

Del fúnebre cadalso corre la sangre de las vírgenes de Dios... El coro continúa cada vez más débil. Tres... dos voces aún..., ya sólo la última, la de la más joven novicia. La voz se extingue. El Magníficat ha terminado y se entona el Te Deum en el Paraíso. ¡Oh, qué bello es morir por Jesús y con Jesús en el corazón!

CAPÍTULO XXII

El valor de una Misa

Hace muchos años, en la ciudad de Luxemburgo, un capitán de la guardia forestal se entretenía en una animada conversación con un carnicero cuando una señora ya mayor entró a la carnicería. Ella le explicó al carnicero que necesitaba un pedazo de carne, pero que no tenía el dinero para pagarlo.

Mientras tanto, el capitán encontró la conversación entre los dos muy entretenida, “un pedazo de carne, pero cuánto me va a pagar por eso?” preguntó el carnicero. La señora le respondió, “perdóneme, no tengo nada de dinero, pero iré a Misa por usted y rezaré por sus intenciones”. El carnicero y el capitán eran buenos hombres pero indiferentes a la religión y se empezaron a burlar de la respuesta de la mujer.

“Está bien” dijo el carnicero, “entonces usted va a ir a Misa por mí, y cuando regrese le daré tanta carne como pese la Misa”. La mujer se fue a Misa y regresó. Cuando el carnicero la vio viniendo cogió un pedazo de papel y anotó la frase “ella fue a Misa por ti”, y lo puso en uno de los platos de la balanza, y en el otro plato colocó un pequeño hueso. Nada sucedió e inmediatamente cambió el hueso por un pedazo de carne. El pedazo de papel pesó más.

Los dos hombres comenzaron a avergonzarse de lo sucedido, pero continuaron. Colocaron un gran pedazo de carne en uno de los platos de la balanza, pero el papel siguió pesando más.

Entrando en desesperación, el carnicero revisó la balanza, pero todo estaba en perfecto estado. “¿Qué es lo que quiere buena mujer, es necesario que le de una pierna entera de cerdo?”, preguntó. Mientras hablaba, colocó una pierna entera de carne de cerdo en la balanza pero el papel seguía pesando más. Luego un pedazo más grande fue puesto en el plato, pero el papel siguió pesando más.

Fue tal la impresión que se llevó el carnicero que se convirtió en ese mismo instante y le prometió a la mujer que todos los días le daría carne sin costo alguno. El capitán dejó la carnicería completamente transformado y se convirtió en un fiel asistente de Misas todos los días. Dos de sus hijos se convertirían más tarde en sacerdotes, uno de ellos jesuita y el otro del Sagrado

Corazón. El capitán los educó de acuerdo a su propia experiencia de fe. Luego advirtió a sus dos hijos que “deberán celebrar Misa todos los días correctamente y que nunca deberán dejar el sacrificio de la Misa por algo personal”.

El Padre Stanislao, quien fue el que me contó todos los hechos, acabó diciéndome: “Yo soy el sacerdote del Sagrado Corazón, y el capitán era mi padre”.

CAPÍTULO XXIII

Exhortación final

San Leonardo, después de haber escrito un bellissimo libro sobre los privilegios de la Misa, presa de santo ímpetu y ardiente celo, exclama: “¡Oh, pueblos engañados, pueblos engañados!, ¿qué hacéis? ¿Por qué no corréis a la iglesia para oír cuantas Misas podáis? ¿Por qué no imitáis a los Ángeles, que cuando se celebra la Santa Misa descienden en tropel del Paraíso y están ante nuestros altares con reverente modestia para interceder por nosotros con más eficacia?”.

Permitid que yo, carísimos, antes de terminar estas páginas, suba al monte Calvario, y allí, al pie de la cruz, en nombre de Jesús bendito, exclame:

¿Por qué, oh gentes todas, o por qué, vosotros al menos, carísimos cristianos, no venís a recibir mi Sangre, que os lava de los pecados? ¿Por qué no venís a recibir los méritos de mi pasión y las santísimas gracias de que tenéis necesidad?

Oigamos la voz de Jesús; vayamos al que, por nosotros, cada día se inmola en la Santa Misa; vayamos, aunque nos escasee algo el tiempo, que Jesús nos multiplicará los días y nos dará salud y nos aumentará las fuerzas; vayamos, aunque la hora sea incómoda, la estación fría, el camino malo, que Jesús llevará cuenta de nuestros sacrificios y nos colmará de sus bendiciones; vayamos, aunque la iglesia esté distante, que Jesús contará nuestros pasos para premiarnos en el tiempo y en la eternidad.

En las crónicas de los Santos Padres se cuenta de un viejo solitario que todos los días, aunque distante de la iglesia, se daba larga caminata para ir sin falta a la Misa y a la Comunión. Sucedió, pues, que, envejeciendo de día en día, sentía que le faltaban las fuerzas, y hallando pesadísima la caminata, y no queriendo, con todo, dejar la Misa, decidió poner su celda más cerca de la iglesia.

Al día siguiente, muy contento, pensando que era la última vez que hacía tan larga caminata, se pone en camino para ir a Misa; pero se ve sorprendido por una voz tras de sí que le cuenta los pasos: uno, dos, tres... Se vuelve el santo varón, y no ve a nadie. Continúa el camino, y la misma voz continúa contando: cuatro, cinco, seis. Vuélvese de nuevo, y en vano. Por tercera vez comienza a andar, y la voz, clara y distintamente, cuenta: siete, ocho... Entonces, inspirado de Dios:

—¡Hola! —Grita, volviéndose de repente—, ¿quién es el que me sigue?

Y ve a un gracioso niño que, sonriendo, le dice:

—Soy el Ángel de tu guarda, que en nombre de Dios cuento todos los días los pasos que das para ir a la iglesia a oír Misa y comulgar. Hoy, como es la última vez, los cuento en voz alta, para que lo oigas.

El solitario aprendió la lección, y en vez de poner su celda más cerca de la iglesia, la llevó más lejos aún, para tener mayor mérito en frecuentar la Misa y comulgar.

¡Oh, sí: vayamos a Misa! En la Misa, el rico y el pobre se encuentran en la misma casa, se arrodillan ante el mismo altar, ruegan al mismo Dios, reciben el mismo pan celestial. La Misa es el amor recíproco, la paz de los corazones y un bien infinito.